

mayor para nosotros y tambien nuestro solo negocio en este mundo, será demasiado, digo, el hacerle el sacrificio de nuestras pasiones y de nuestros vicios ¹ ?

1. Al ofrecerse por nosotros à su Padre, Jesucristo no nos há dispensado de ofrecernos nosotros mismos. Por el contrario, estiende la obligacion y la hace general. No son yá, como en la ley de Moises, solamente los primogénitos los que son ofrecidos à Dios. Jesucristo, llenando las observancias legales, las hace cesar todas, y áquella del mismo modo que las demás. Como que él era la realizacion, era el termino de todo. Desde el momento en que la verdad se há mostrado, las figuras llegadas à ser inútiles hán debido acabar. Pero si no conocemos yá esta oblacion ceremonial de los primogénitos de cada familia, otra oblacion mucho más sagrada nos consagra todos al Señor. Nuestro Bautismo nos há consagrado à él por la señal, yá de la adopcion que há hecho de todos nosotros, yá por la obligacion que hémos contraido. *Yo os conjuro por la misericordia de Dios, decia el gran Apostol à los Romanos, à ofrecer vuestras personas como una hostia viva, santa, y agradable à Dios.* Debemos esta ofrenda por diferentes titulos, yá como criaturas de Dios, yá como hijos suyos. Criaturas de Dios, no podemos disimularnos que siendo el autor de nuestro sér, él es el arbitro de nuestros destinos. Tiene sobre nosotros, y esta comparacion, muy debil tambien para expresar su supremo dominio, es de san Pablo ; tiene sobre nosotros el poder que tiene el obrero sobre la arcilla ó barro que está entre sus manos. El puede, segun su pura voluntad, hacer de nosotros vasos de honor ó de ignominia. Es, pues, un deber para nosotros, como lo era para los Judios, el de reconocer esta autoridad absoluta y el de hacer el humilde reconocimiento de nuestra entera dependencia. Todo lo que somos, todo lo que tenemos viene de él, y le pertenece. Es tán cierta en el cristianismo como en el jadaismo, esta máxima sobre la cuál Dios fundaba el precepto de ofrecerle los primogénitos: *Todo me pertenece.* El es, pues, el dueño de disponer de todo à su placer, y segun los consejos de su Providencia. La elevacion ó la humillacion, la riqueza ó la pobreza, la salud ó la enfermedad, la prosperidad ó la adversidad, la alegria ó el dolor, los bienes ó los males, él distribuye todo lo que quiere, en donde quiere, cuando quiere y cómo quiere. A sus resoluciones, algo rigorosas que nos parezcan, no podemos respon-

Conclusion. — Hé aqui, cristianos, lo que hacen Maria y José en el misterio de la Prèsentacion del Niño divino en el templo. Maria ofrece, para la gloria de Dios y la salvacion del genero hu-

der más que como el gran sacerdote Heli: *El es el Señor, que haga lo que sea agradable à sus ojos.* Y para no salir del ejemplo que nos presenta el misterio de este dia, debemos ofrecernos cómo Jesus y Maria ; pensando que por nuestra ofrenda no damos nada à Dios, y que no hacemos más que devolverle lo que le pertenece. Pero, en calidad de cristianos, le pertenecemos más especialmente todavia, y por un titulo más precioso. Convertidos por nuestro Bautismo en hijos y hermanos de Jesucristo, le debemos la misma sumision que Jesucristo le há testimoniado, el mismo homenaje que Jesucristo le há tributado, es decir la ofrenda entera, yá de nosotros mismos, yá de todo lo que tenemos. — La ofrenda de nosotros mismos ; es éso principalmente lo que debemos à Dios. En efecto, de todo lo que tenemos, lo que menos nos pertenece, lo que es más de Dios, es nosotros mismos, nuestros bienes, nuestros honores, nuestros empleos, nuestros conocimientos pueden ser considerados, en un sentido, como nuestra propia obra, porque hemos contribuido, hasta cierto punto, à procurarnoslos ; pero nuestras personas son completamente y sin participacion la obra de Dios: él solo las há formado con su poder, él solo las conserva por su accion continua. No hay más que Dios que se pertenezca, porque no hay más que él que exista por si mismo. De este dominio esencial de Dios sobre nosotros, sobre nuestro propio sér, resulta necesariamente el homenaje que estamos obligados à tributarle, y no es más que hacia él que podemos tener esta obligacion. Podemos deber à los hombres todo lo demas, nuestros cuidados, nuestros servicios, nuestros bienes, nuestra libertad, y, algunas veces, hasta nuestra vida ; pero la ofrenda de nosotros mismos y de todo nuestro sér, de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos, no debemos ni podemos hacerla más que à Dios. Este bien de nosotros mismos es una cosa que Dios se há reservado singularmente, del cuál es celoso y quiere que le hagámos homenaje à él solo. Esta oblacion de nuestras personas à Dios tiene por regla la que Jesucristo hace hoy de la suya, y por medida la del dominio de Dios sobre nosotros, es decir que ella debe ser absolutamente por completo, sin condicion y sin limitacion, ofreciendonos à continua-

mano, lo que posee ella de más precioso y de más querido, su amadísimo Hijo. Y Jesús, para el mismo objeto, se ofrece él mismo enteramente á su Padre, esperando que llegue el tiempo de consu-

cion suya y con él, nos atreveremos á ofrecernos de diferente manera que él? Nos atreveremos á exceptuar algo de nuestro homenaje, cuando él no exceptua nada del suyo? El dominio de Dios sobre nosotros es universal. La ofrenda que es el reconocimiento, debe serlo del mismo modo. No es una donacion que nosotros le hacemos; es una oferta que él se digna aceptar, de lo que es suyo. Una sola reserva de un interes, de una pasion, de una adhesión, hace nuestra ofrenda, no solamente insuficiente, sino criminal. Es el latrocinio en el holocausto que Dios aborrece, cómo lo declara formalmente. — Nuestra oblacion debe comprender todo lo que poseemos de él. Debe, pues, ser de todo lo que tenemos, y de todo lo que somos. Es en este espíritu como debemos presentarnos al oficio de este dia. Jesucristo ofreciendose como el primogénito entre nosotros, nos ofrece á todos á su Padre. Unámonos á su oblacion; ofrezcámonos con él, y como él, sometámonos con la misma resignacion á todo lo que la voluntad divina nos enviará de rigoroso. Tomémos, ante el altar, el compromiso que contrae Jesucristo, de recibir con sumision las tribulaciones, los disgustos, las pérdidas, los dolores, las enfermedades, las calumnias, las persecuciones todos los males con que le plazca afligirnos. La ofrenda de nuestras personas á Dios encierra esencialmente la promesa de sérle fiel y constante; de separarnos totalmente de lo que puede alejarnos de él. Le consagramos todas nuestras facultades: nuestra inteligencia, para que sea él el principal objeto y el fin último de nuestros pensamientos; nuestro corazon, para que sea el centro de todas nuestras afecciones; nuestra voluntad para que ella esté siempre conforme con la suya; nuestra memoria, para reanimar sin cesar nuestra obediencia por el recuerdo de sus preceptos, y nuestro reconocimiento por el de sus beneficios; nuestros talentos para hacer de ellos continuamente el uso que él prescribe. Y eso es lo que significa la vela que la Iglesia, en la ceremonia de este dia, pone en vuestras manos. Es el simbolo del sacrificio que debemos hacer de todo nuestro ser á su autor. Del mismo modo que esta vela, santificada por la bendicion del sacerdote, está empleada en el servicio de Dios y se consume despues de haber brilla-

mar su sacrificio en el calvario. Y hé aqui tambien las dos lecciones que Maria y Jesús nos dan en el mismo misterio: Maria nos enseña con su ejemplo á hacer á Dios, cuando se trata de su gloria y de nuestra salvacion, el sacrificio mismo de lo que tenemos de más querido; y Jesús, yendo más lejos todavia, nos enseña á hacer hasta el sacrificio de nosotros mismos. Oh! que dos bellas lecciones! grabémoslas en nuestros corazones para no olvidarlas, porque no las hay más importantes. Como es, en efecto, el amor á los bienes de este mundo y el amor propio quiénes han perdido al genero humano en su origen y á todos los hombres que se han perdido despues, nadie duda que, si somos fieles en hacer á Dios el sacrificio de estos bienes y de nosotros mismos, nos salvaremos. Podámos sér todos fieles hasta la última hora, que será, en este caso, seguida para nosotros de la eterna felicidad, la cuál consiste precisamente en ofrecerse sin cesar á Dios y en ser poseido por él no menos que en poseerle. Asi sea.

do en su templo; de igual manera, consagrados por la ofrenda que hace de nosotros el Pontífice de la nueva alianza, debemos emplearnos sin cesar y consumirnos en su servicio, y brillar en su Iglesia por nuestras virtudes. Hay tambien una circunstancia en la oblacion de Jesucristo, á la cuál importa conformarnos con la nuestra; es por Maria que él quiere sér ofrecido. Y nosotros, á su ejemplo, hagámos por ella nuestra ofrenda. Que sus brazos maternales, que llevaron á Jesús al altar, nos lleven del mismo modo, á nosotros que somos sus hijos tambien, al pie del altar celeste. Nuestro homenaje, presentado por ella, adquirirá gran valor. Al pasar por sus manos se purificará; y nuestros votos estarán seguros de obtener todo, cuando ella los unirá á los suyos. (La Luz, loc. cit.)